

con el propósito de la triple alianza existente, solo que esta última se propone objetos mas extensos que se refieren á la Europa en general, mientras la nueva alianza alemana se debe limitar exclusivamente á los asuntos alemanes. Esta nueva alianza no debe por lo mismo aparentar que hace causa comun la de la triple alianza ni entrar en ella, tanto menos cuanto que la triple alianza no tiene base sólida. La alianza alemana debe ser una potencia independiente y por lo mismo debe seguir su camino propio, y solo cuando esté bien consolidada podrá formar con la triple alianza una liga defensiva. Se ha de proceder en la creacion de la nueva alianza con la mayor reserva y cautela enfrente de la Francia, pues por lo pronto no hay medio de resistirla. Por supuesto que el objeto principal de la nueva alianza es proteger á la Alemania contra el poder superior de la Francia, advirtiéndose que la liga del Rhin de 1658 no fué fundada precisamente para servir la política de Francia (1); mas por lo pronto es menester tranquilizar á esta potencia para evitar que tome disposiciones contrarias. Es preciso hacerle creer que esta union de potentados alemanes tiene por causa el temor la poderío de la casa de Habsburgo en Alemania, que todavía continúa amenazador. Dando estos motivos aparentes y teniendo por lo pronto oculto el objeto final hay que procurar no solamente que la Francia mire sin recelo la formacion de la alianza (á fin de que no se seque en flor), sino tambien que puedan entrar en ella los miembros del imperio que en el dia son favorables á la política francesa. Cuando estos y los que hasta ahora continúan indecisos hayan entrado en la alianza, tocará á la direccion de ésta amansarlos y dirigirlos *nec sentientes ad consilia patrie salutaria* (2).

El ingreso en la alianza debe ser siempre libre para todos los miembros del imperio sin diferencia de religion ni de opiniones de partido. Cada nuevo miembro debe aprontar á su ingreso para el ejército comun un contingente proporcional que quedará unido á la alianza, bastando para el principio un cuerpo de doce á veinte mil hombres. Como programa de la alianza se presentará solo en concepto general el garantizar la paz de Westfalia. «Todo lo que se derive de este principio, todo lo que sea conforme á esta paz, lo que necesite el imperio para su bienestar, todo forma parte del objeto de la alianza.» De ahí se sigue que ésta tiene tambien razon y motivo para garantizar sus derechos tanto al círculo borgoñon como al duque de Lorena; solo que de esto no se hablará al principio á fin de que la Francia no suscite en el imperio una liga contraria.

A la cabeza de la alianza habrá una direccion con domicilio fijo, acaso en Francfort. Esta direccion, que tendrá á su cargo todos los negocios, se compondrá de un miembro permanente, que no puede ser sino el elector de Maguncia, y de un número de miembros variable que serán nombrados por los diferentes aliados. Los potentados aliados tendrán cada seis meses una reunion general. Por cada mil hombres de tropa presentados por uno ó varios miembros para formar parte del ejército de la alianza habrá derecho á un voto.

Respecto del emperador y de la casa de Austria el escrito dice que el emperador como tal no entra en la alianza, pues que con esto daría lugar á desavenencias; pero en cambio deben entrar el reino de Bohemia y todos los Estados here-

(1) En el párrafo 65, edicion Klopp, pág. 129, se marca expresamente que la liga del Rhin no se fundó en el interés de la Francia. Véase tambien en la misma edicion el artículo *De fudore Rhenano*, página 163.

(2) El autor supone que esto será tanto mas fácil cuanto que la alianza, gracias á ciertas disposiciones, podrá ser casi indisoluble, es decir, de la cual nadie podrá separarse sin grandes dificultades y perjuicios.

ditarios del Austria, por cuyos territorios corresponderán al emperador dos votos en el consejo de la alianza, correspondiéndole el primer voto como rey de Bohemia.

Cuando se halle establecida la alianza y haya adquirido fuerzas, esta es la esperanza de los autores, la Alemania y toda la Europa obtendrán los resultados mas felices. «Los que elevan su imaginacion á una region mas alta y abarcan en cierta manera con sus miradas toda la situacion de Europa me concederán sus aplausos y convendrán en que esta alianza es uno de los propósitos mas útiles que jamás se han imaginado para el bien general de la cristiandad. La Alemania, antes el terror de todos sus vecinos, es ahora el teatro de la lucha por la preeminencia en Europa.» Si se coloca á la Alemania, centro de Europa, en una situacion que asegure su independencia y su poder, quedarán frustrados todos los proyectos de monarquía universal (3). Hoy ya no piensa la España en su antiguo *Plus ultra*, y la Francia, al ver á la Alemania enfrente de sí y robusta, dirigirá su atencion á otros propósitos. «La Providencia divina ha reservado á la Francia la mision de conducir las armas cristianas al Oriente;» la costa africana mediterránea es donde la Francia ha de llevar sus conquistas y el Egipto es uno de los países mejor situados del mundo (4). Toda la cristiandad ha de emprender al fin unánimemente la lucha contra los infieles.

Esta es la sustancia del escrito redactado con ánimo grande y con calor, y no viene á ser simplemente una elucubracion, sino que es un programa serio, una nueva tentativa de la política del elector de Maguncia para apoderarse, en aquel tiempo henchido de peligros, de las riendas del gobierno del imperio, arrastradas por el suelo sin que las recogiese una mano enérgica é inteligente. El archicanciller del electorado queria colocarse á la cabeza de los miembros del imperio y ser por lo mismo jefe de la direccion de la alianza y en realidad de la Alemania. Todos los proyectos ideados entonces se proponian en el fondo reducir el poder del emperador y entregar la direccion de los asuntos interiores á la alianza y á su direccion, dejando para el emperador solo ciertos honores. Por esto la memoria proponia que el gobierno de Alemania tuviera su centro en Francfort y Maguncia, y no en Regensburg y en Viena, y decia que la gran mision del emperador y de la casa de Austria estaba en Hungría y en la lucha contra los turcos.

El pensamiento político de los magnates y hombres de Estado de Alemania volvía siempre al mismo punto de partida, á saber: que ante la evidente impotencia de la antigua organizacion del imperio, solo habia salvacion en una confederacion libre de sus miembros.

Desde luego se descubren los puntos flacos del programa expuesto (5). Encargaba la jefatura de la alianza y por tanto del gobierno aleman al prelado supremo del imperio, en vista de su crédito personal y de la autoridad de su cargo. Ahora bien, lo que dijo Maquiavelo de los «profetas inermes» puede aplicarse á todos los tiempos y situaciones. Habia pasado el tiempo de que un príncipe de la Iglesia, que disponia de una fuerza insignificante, pudiese fundar una nueva confederacion general ó alianza en virtud de una au-

(3) En la segunda parte de la memoria (véase la edicion de Klopp, tomo I, pág. 273) explica Leibnitz la significacion de la expresion monarquía universal y dice que no significa conquista directa y dominio de otros países, sino el *arbitrium rerum in Europa*.

(4) *Obras de Leibnitz*, ed. Klopp, tomo I, pág. 248. Esta expresion encierra el germen del posterior proyecto egipcio de 1672.

(5) Que comprendia en realidad, como lo llamó tambien Leibnitz mas adelante, una constitucion interina del imperio, pues el párrafo 85 demuestra que las funciones mas importantes del parlamento debian pasar á la nueva alianza, y hasta se proponia para mas adelante una reorganizacion pacífica de la Iglesia en Alemania.

toridad derivada de las antiguas instituciones del mismo imperio, y diese á la Alemania la paz en un tiempo en que todos los países estaban armados. Se comprende no obstante la tentativa y se justifica por el enlace de todas las tendencias de confederaciones, ligas y alianzas que encontraremos tambien mas adelante en las mas variadas formas. En el proyecto de Leibnitz Boyneburg hay muchas cosas muy bien pensadas y acertadas, y otras oscuras ó artificiosas; pero un criterio sano é imparcial no puede menos de reconocer en él un carácter sinceramente patriótico.

El proyecto no obtuvo resultado práctico trascendental, como tampoco lo obtuvieron en su tiempo los proyectos de union bajo la direccion del Brandeburgo y del conde de Waldeck, de los cuales hablamos en su lugar. En ambos casos las grandes ideas quedaron reducidas en la ejecucion á una pequeña liga particularista de algunos pocos potentados que tuvo corta duracion. Debía pasar todavía mucho tiempo en Alemania en tentativas para conseguir una union, antes que naciera la liga de los príncipes soberanos de Federico el Grande, y ya se sabe cuán efímera fué tambien esta liga.

En el tiempo de que tratamos, á raíz de las conferencias de Schwalbach, se puso á dura prueba la energía y fuerza tanto de los magnates alemanes como de los socios de la triple alianza, prueba á la cual no resistió ninguno de ellos. Luis XIV, estando en plena paz, dispuso la ocupacion y conquista de la Lorena antes de proceder contra la Holanda.

En otro capítulo anterior hemos hablado del duque de Lorena, Carlos IV, hombre turbulento y un tanto aventurero, temible vecino de la frontera occidental de Alemania. Despues de haber estado en España prisionero durante seis años, habia recobrado su libertad y su ducado por la paz de los Pirineos en 1659. Quedó cercenado, sin embargo, el ducado; las obras de fortificacion de Nancy fueron arrasadas y además el duque tuvo que conceder á la Francia una ancha via militar al través de su país desde Verdun á Metz y desde allí á la Alsacia. Entonces quedó la Lorena, bajo el punto de vista militar, casi completamente á la merced de la política francesa. De las fortalezas algo importantes, solo la de Marsal estaba á la disposicion del duque; y en esta situacion rayana de la sumision definitiva, Carlos IV pensó durante algun tiempo en entregarse completamente á la Francia con la esperanza de establecer así mejor su fortuna. Hízose, pues, entre él y Luis XIV el arreglo de febrero de 1662, segun el cual á la muerte del duque la Lorena seria agregada á la Francia y en cambio se dió á los príncipes de la casa de Lorena la categoría de príncipes reales de Francia, con el derecho de sucesion eventual al trono francés. Este convenio encontró dificultades que probablemente habian sido previstas por Luis XIV, el cual no se habia propuesto mas que atraer al duque á una trampa para despojarle de su ducado, y se apresuró á posesionarse de la fortaleza de Marsal, que se le habia cedido en el convenio (setiembre de 1663). Carlos IV, sin embargo, voluble como siempre en sus resoluciones, se arrepintió pronto del convenio y lo declaró nulo y sin valor; y su sobrino y heredero próximo, Carlos (V), que de ningun modo queria dejarse desheredar de esta suerte en cambio de una esperanza tan dudosa y lejana de sucesion, protestó y se trasladó á la corte de Viena, con cuyo emperador tenia ya relaciones muy íntimas.

Así continuaron las cosas durante algunos años. El duque Carlos, que no se creía seguro, volvió á pensar en los adversarios de la Francia; negoció con el gobierno de Holanda para entrar en la triple alianza; se puso en relacion con España y con la corte imperial; apeló á la proteccion del

parlamento aleman; firmó con los príncipes electores de Maguncia y Tréveris la ya mencionada alianza de Limburgo en 1668, que entre otros objetos tenia el de garantizar la integridad de la Lorena por el imperio aleman, y en la entrevista de Schwalbach estuvo tambien presente á lo que parece un representante de Lorena (1). El duque de Lorena reclamó la proteccion de Alemania, diciendo que si no se le daba tendria que entenderse con la Francia (2).

Ningun resultado obtuvo ni de Alemania ni de Francia, y tres semanas despues de la conferencia de Schwalbach, á fines de agosto de 1670, un ejército francés á las órdenes del mariscal Crequi, sin haber declarado previamente la guerra, invadió el ducado casi indefenso, que quedó sometido en el espacio de un mes. Solo en Epinal y Chaté encontraron las armas francesas alguna resistencia (3). El duque Carlos se salvó huyendo precipitadamente por no sufrir un nuevo cautiverio, y pasó los últimos años de su vida como en otro tiempo sin casa ni hogar. Desde entonces hasta la paz de Ryswick, en 1697, quedó el ducado de Lorena en poder de la Francia, preparándose así en este período de veintiseis años su incorporacion definitiva al mismo reino. El imperio aleman perdió la soberanía sobre la Lorena, aunque esta soberanía hacia tiempo que era puramente ilusoria, y desde entonces la casa ducal unió su destino al de la monarquía austriaca y al de la casa de Habsburgo. El heredero legítimo del ducado, Carlos V, en las guerras francesas y contra los turcos se granjeó la fama de uno de los generales mas peritos de la época y murió en 1690. Su nieto, Francisco Estéban, fué esposo de María Teresa y fundador de la nueva casa austro-lorenea.

Esta nueva tropellía de Luis XIV sembró desde luego el terror y la indignacion. Witt levantó su voz desde la Holanda; pidió que si el duque arrojado de su país habia ofendido al soberano de Francia con sus intrigas, debía por lo menos ponerse á su sobrino Carlos V en posesion de su legítimo patrimonio, y al mismo tiempo activó en Viena la entrada del emperador en la triple alianza, en lo cual le auxilió con decision Lisola, embajador del emperador en el Haya (4). Efectivamente, Leopoldo I declaró que accedia á la peticion y al propio tiempo envió un embajador expreso, el conde de Windischgratz, al rey de Francia para ofrecer su mediacion en el asunto de Lorena; pero todo fué inútil, porque el embajador recibió en Paris una contestacion negativa y arrogante, á saber: «que el rey de Francia no reconocia en la Lorena mas derecho que el suyo (5).» Cuando Witt encargó tambien á su embajador en Lóndres que apremiara al gobierno inglés con motivo de la nueva guerra de despojo del rey de Francia en Lorena, y pidió el consentimiento del rey de Inglaterra para la admision del emperador en la triple alianza, le contestó Carlos II llamando á su embajador en el Haya por ser demasiado holandés y rechazó sin ceremonias toda alianza con el emperador y todo interés á favor del duque de Lorena diciendo que no queria reñir con la Francia y que nada le importaba el interés del imperio aleman (6). El lector recor-

(1) Por lo menos le cita el embajador francés Gravel como invitado á la reunion. Gravel consideró la conferencia citada como una demostracion anti-francesa. Véase la obra de Guhrauer, tomo I, página 118.

(2) Lo demás resulta de la memoria de Leibnitz, párrafo 51, edicion Klopp, tomo I, págs. 218 y 263.

(3) Russet: *Histoire de Louvois*, tomo I, pág. 302.

(4) Grossmann: *El embajador imperial en el Haya, Francisco de Livola, desde 1672 hasta 1673*; Archivo para la historia del Austria, tomo 51.

(5) Véase Mignet: *Negotiations*, etc., tomo III, págs. 494 y siguientes.

(6) Lefevre-Pontalis: *Jean de Witt*, tomo II, páginas 51 y siguientes.

dará que Carlos II estaba entonces comprometido con Luis XIV por el tratado secreto de Dover. La verdad era que la triple alianza á la cual se refería Witt había cesado ya de existir.

Grandísima fué también la agitación que excitó la caída de la Lorena en la corte electoral de Maguncia; y la continuación de la memoria extractada mas arriba, que escribió Leibnitz entonces, en noviembre de 1670, prueba la impotencia completa que se sentía en aquella corte. En esta segunda parte de la memoria dice Leibnitz que la Alemania no podía hacer absolutamente nada á favor de Lorena; pero que Luis XIV no se detendría allí, sino que intentaría un ataque contra la Holanda y lo efectuaría probablemente en la primavera de 1671. Preguntándose lo que debía hacerse en Alemania para librarse de las consecuencias, dice el autor despues de muchas frases rebuscadas que sería de desear y para ello debía trabajarse que hubiera un rompimiento entre la Holanda y la Francia, y si posible fuera también entre la Francia y la Inglaterra, porque embistiéndose estos adversarios era de esperar que la Francia «volviera á meterse en su concha» ante la fuerza superior, y entonces habrá llegado el momento deseado de emprender la proyectada alianza alemana, que ya no excitaria los celos de nadie y tendría la aprobación de ambos partidos, del austriaco y del francés. «Entonces, añadia la memoria, salvaremos nuestro interés aleman (párrafo 69) y podremos emprender con éxito la lucha necesaria contra la preponderancia perniciosa del dinero francés y de la industria francesa en Alemania.» Con esto concluye la memoria (1).

Se ve que estas eran puras ilusiones, y también lo era la esperanza de que á la sombra de una guerra franco-anglo-holandesa pudiera la Alemania realizar tranquilamente su reorganización en el sentido de la proyectada alianza alemana, esperanza que de ningún modo justificaba la situación real de las cosas. Entretanto la política de Maguncia trabajó también prácticamente para su objeto. El elector Juan Felipe había hecho esfuerzos durante algún tiempo para conseguir el ingreso del emperador y de otros príncipes del imperio en la triple alianza; pero á la sazón abandonó este plan y trabajó en el sentido de las disposiciones adoptadas en la entrevista de Schwalbach. Poco sabemos de estas negociaciones (2) cuyo resultado fué la alianza de Marienburgo, firmada en el castillo de este nombre cerca de Wurzburg en agosto de 1671 entre el emperador, los príncipes electores de Maguncia y Tréveris y el obispo de Munster. Poco despues ingresó en ella el elector Juan Jorge de Sajonia, y un poco mas tarde el marqués Cristian Ernesto de Brandeburgo-Culmbach. Los aliados se proponían entrar en negociaciones para el ingreso en la alianza de los otros príncipes alemanes mas importantes (3). Se emprendieron trabajos en este sentido, importando principalmente á los aliados el ingreso de los duques de Brunswick y la actitud del príncipe elector Federico Guillermo de Brandeburgo. A éste se comunicó inmediatamente la firma de la alianza en noviembre de 1671 invitándole á entrar en ella, lo cual dió lugar á una correspondencia sin resultado, porque el elector de Brandeburgo siguió su camino propio, conforme veremos luego.

(1) Véanse las obras de Leibnitz, ed. Klopp, tomo I, pág. 262. En este trozo hay muchas añadiduras de la mano de Boyneburg.

(2) Los mejores datos, si bien parciales, se encuentran en Auerbach: *La diplomatie française en la cour de Saxe*, págs. 347 y siguientes.

(3) Sobre esta alianza véase la obra de Guhrauer, tomo I, pág. 136, y tomo II, pág. 132. Droysen: *Disertaciones para la historia moderna*, página 363. En otra disertación de Geherke titulada *Juan Felipe de Maguncia y la alianza de Marienburgo* (1888), se publican algunos documentos del archivo de Dresde.

La alianza de Marienburgo era á primera vista puramente defensiva; no daba lugar á ningún recelo y debía durar diez años. Todos los miembros del imperio que solicitaran su ingreso debían ser admitidos sin objeción ninguna, y en lugar de concederse al elector de Maguncia la dirección, se concedió al emperador; las tropas fijadas para el ejército de la alianza quedaron reducidas en total á 8,000 hombres aproximadamente; pero á pesar de esto, el elector Juan Felipe creyó que de esta manera daría un paso importante para la realización de sus proyectos de federación. El desarrollo de los sucesos en el porvenir no correspondió á su deseo, porque la alianza de Marienburgo no fué mas que una de las muchas tentativas de federación de la época; no se extendió ni tuvo ninguna influencia digna de mención en los próximos grandes sucesos.

Entretanto se fué acumulando cada vez mas amenazadora la tempestad de la invasión francesa en Holanda. Cuando Luis XIV cometió la tropelia brutal contra el duque de Lorena, estaba ya firmemente decidido á realizar tan pronto como fuera posible el atropello de Holanda, estando iniciados en el secreto los ministros Lionne, Letellier y Colbert. El rey llamó á su embajador en el Haya, el marqués de Pomponne, en mayo de 1670, para revelarle su plan en una audiencia secreta dada á altas horas de la noche, para lo cual fué menester despertar á Pomponne que se había acostado ya. El rey le manifestó su intención de empezar la guerra contra la república holandesa el año próximo, y le envió otra vez á su puesto en el Haya con instrucciones para admitir solícitamente todas las proposiciones amistosas, pero en la inteligencia de no dejar llevar á cabo ninguna á fin de mantener la víctima escogida en la mas completa seguridad sin sospechar nada (4).

Witt, bien que avisado por muchos conductos y siempre sospechando alguna sorpresa del enemigo, no descubrió la traición, porque creyó que podría continuar las relaciones amistosas con la Francia, para lo cual hizo todos los esfuerzos posibles á pesar de no renunciar á la triple alianza y á pesar de las diferencias que continuaban aumentándose. Con aquel mismo Pomponne, encargado de preparar la ruptura, pero de ocultarla al propio tiempo, trató Witt activamente en su proyecto político favorito de los últimos tiempos, semejante á un plan concebido anteriormente por Richelieu, y que consistía en una especie de eliminación del objeto de la contienda de los últimos años, transformando las provincias belgas españolas, despues de la muerte de Carlos II, en un Estado independiente, con una constitución republicana á semejanza de la de las Provincias Unidas de los Países Bajos, con lo cual quedaría colocada una especie de barrera entre la Francia y la Holanda. Esta idea, dice Lefevre-Pontalis con razón, dió lugar á principios del siglo actual al establecimiento del reino de Bélgica. Sin embargo, los deseos de Luis XIV empero iban mas lejos que los de Richelieu, porque lo que quería el rey de Francia era poseer en su tiempo las provincias belgas á pesar de la triple alianza y de la paz de Aquisgran, para lo cual tenía ya en sus manos el tratado secreto de partición de la monarquía española hecho con el emperador. Para no manifestar su propósito verdadero, entró en apariencia durante algún tiempo en negociaciones sobre el proyecto de Witt, hasta que las rompió súbitamente cuando ya le eran completamente inútiles.

En cambio se aumentaron los conflictos hostiles. La libertad de la prensa de los Países Bajos, que se entretenía en disparar sátiras y ataques bastante groseros contra la corte y la política de Francia, excitaba continuamente el rencor per-

(4) Lefevre-Pontalis: *Jean de Witt*, tomo II, pág. 47.

sonal del altanero monarca, dando lugar á violentas quejas contra el descaro «de aquellos pescadores de arenques.» Witt prometió con la mayor buena voluntad poner enmienda, pero era impotente; por otra parte no desagradaba á la corte de Versalles tener motivos de queja, y el ministro Lionne escribió, por ejemplo, al embajador Pomponne:

«Conviene que usted acumule los motivos de desazon, que el rey se hallará así mas justificado ante el mundo cuando se le ofrezca la ocasión de hacer pesar su mano sobre los que le insultan (1).»

A esto se agregaron cuestiones exacerbadas de comercio, que databan ya desde algún tiempo, pero que se aumenta-



El mariscal Crequi. Facsimile reducido de un grabado anónimo de la época

ron muchísimo mas desde que Colbert se puso al frente de la administración en Francia. Sus aranceles de 1664 y 1667 habían recargado casi todos los artículos de la industria extranjera, cuando no habían prohibido completamente su introducción, mientras sus leyes rigurosísimas de navegación habían aumentado por el estilo los rigores del acta de navegación inglesa, gravando al comercio extranjero en todos los puertos franceses con las dificultades mas opresoras. Estas medidas perjudicaron muy especialmente á los holandeses, que estaban convencidos y con razón de que la política francesa trabajaba á sabiendas para arruinar el comercio holan-

dés y ahogar su industria casi naciente (2). Cuando se convencieron en el Haya de que todas las reclamaciones y súplicas resultaban inútiles en París; cuando Colbert, á la amenaza del gobierno holandés de tomar represalias en los aranceles, contestó imponiendo nuevos derechos en parte hasta contrarios á los tratados, comprendieron que la Fran-

(2) Ya antes de encargarse Colbert del ministerio en Francia, se sentía en Holanda la preponderancia de la industria francesa y la política francesa de monopolio, conforme se desprende de la interesantísima memoria de Boreel del año de 1658, que reproduce Aitzema en su obra: *Saken van Staet*, etc., tomo IV, pág. 289. Véase también Lasperey: *Historia de las ideas económicas de los holandeses*, página 124.

(1) Lefevre-Pontalis, tomo II, pág. 47.

cia solo trabajaba para llegar á una ruptura. Ya en el año de 1671 se temió en Holanda el ataque, pero Luis XIV lo aplazó todavía un año.

Entonces meditó Witt si sería mas acertado, siendo ya inevitable el choque, asegurarse la ventaja de la ofensiva, porque los armamentos franceses se hallaban todavía atrasados y los marítimos eran defectuosos. El almirante Ruyter respondió del buen éxito de un desembarque en la costa de Francia y propuso la ocupación de la isla de Oleron desde la cual se dominaban las embocaduras del Garona, del Charente y del Loira (1). Claro es que ni el estadista holandés ni el almirante tenían la menor sospecha de que en el caso de semejante ataque podía disponer la Francia, en virtud de su tratado secreto de Dover, de la mitad de la escuadra inglesa; pero prescindiendo de esto, no había que pensar en semejante iniciativa enérgica de parte de la Holanda, porque su constitución y la tendencia del espíritu de paz en las clases dominantes habrían sido un obstáculo insuperable por muy bien que hubiese estado preparado el país, y así fué que no se hizo caso de la proposición de Witt y se continuó negociando, con la esperanza siempre de una solución pacífica. Esto aprovechó al francés para asegurarse todas las ventajas y concluir sus preparativos militares y diplomáticos.

Gradualmente se fué manifestando con mayor claridad la intención hostil del rey de Francia. En el verano de 1671 fué llamado el embajador Pomponne de su puesto del Haya para encargarle la embajada de Estokolmo. Fué nombrado un sucesor en el Haya y se anunció al gobierno holandés el nombramiento, pero el nuevo embajador no tomó posesión de la embajada, de suerte que la Francia no tuvo entonces en realidad ningún representante oficial en la capital holandesa. Cuando algunos meses después murió el ministro Lionne, y fué nombrado sucesor suyo en el ministerio de Negocios extranjeros Pomponne, le prohibió el rey pasar á su regreso de Suecia por los Países Bajos contra las instancias de Witt. Por otra parte el embajador de Holanda en París, Pedro de Groot, se vió en la situación mas difícil, porque las diferencias relativas á las cuestiones mercantiles tomaron un carácter mas violento; Luis XIV fingió gran sorpresa y se mostró ofendido de los preparativos militares de Holanda que en realidad eran decididamente incompletos, y Witt se mostró asustado de los movimientos de tropas en Francia. En diciembre de 1671 los Estados generales dirigieron una última carta al rey de Francia asegurando una vez mas solemnemente que sus intenciones eran conciliadoras, y ofreciéndose á dar toda clase de satisfacciones razonables, pero diciendo que no podían suspender sus armamentos si no se les aseguraba que la Francia no proyectaba ninguna agresión. La contestación de Luis XIV del 6 de enero de 1672 pudo ser considerada como el anuncio de la guerra, porque en los términos mas altaneros rechazó todas las preguntas y quejas del gobierno holandés diciendo: «Os declaramos que continuaremos nuestros armamentos terrestres y marítimos, y cuando los hayamos completado hasta el punto que nos hemos propuesto, haremos de ellos el uso que nos parezca digno de Nos, del cual no tenemos que dar cuenta á nadie (2).»

El lenguaje insolente de este escrito demostró que Luis XIV se juzgaba suficientemente preparado y que había pasado ya

(1) Leibnitz, en la segunda parte de la memoria antes mencionada, aconsejó también á los holandeses una cosa análoga, á saber: que se apoderasen por medio de un golpe de mano ó á traición de un puerto francés, ó quizás de la isla de Belle-Isle enfrente de la embocadura del Loira, y «clavaran así una espina en el pié de la Francia.»

(2) Lefevre-Pontalis, tomo II, pág. 125, cuya exposición minuciosa y fundada en documentos se ha utilizado en esta obra.

el tiempo de disimular, y Groot escribió que era inútil continuar negociando allí.

La confianza del rey de Francia de hallarse en disposición de ejecutar su plan contra la Holanda se basaba en primer lugar en la fuerza armada preparada de su reino y en la escuadra inglesa que estaba á sus órdenes, y en segundo lugar en el sistema bien estudiado y calculado de relaciones que había conseguido en parte y que en parte trataba todavía de conseguir.

Hemos de volver aquí la vista otra vez á la situación de Alemania, donde á decir verdad no tenía grandes simpatías la república de los Países Bajos Unidos; porque los gobiernos aristocráticos de comerciantes han excitado siempre mas que otros gobiernos, con su política egoísta mercantil y sin consideración, la envidia y el odio de los Estados vecinos monárquicos; pero al ver los Estados alemanes que el rey de Francia se preparaba á arrollar y aplastar la república holandesa y agregarla en una forma ú otra á sus dominios, no podían menos de meditar sobre el peligro que amenazaba y pensar en atender á su propia existencia.

Con la conquista de Holanda venía á decidirse la de los Países Bajos españoles, y entonces quedaba á la merced del conquistador francés toda la frontera occidental del imperio alemán. ¿Y cuál era la suerte que esperaba al protestantismo alemán, si caía en manos de la Francia el antiguo baluarte de la religión reformada? En Francia se agitaba con creciente fuerza el espíritu de la propaganda católica, y muchas eran las personas que veían en los holandeses mucho mas los enemigos de la Iglesia que los del Estado. A esto hay que agregar que la alianza con el rey Carlos II de Inglaterra con sus tendencias católicas llevaba en su seno proyectos siniestros contra el protestantismo inglés. La iglesia militante no dormía, y si conseguía arrollar á la Holanda con las armas del rey de Francia y vencer en Inglaterra, ¿cómo habría podido resistir á su empuje la Alemania protestante?

Poquísimos eran los puntos donde entonces se comprendía la extensión de los peligros políticos y religiosos colosales que amenazaban. Se consideraba en Alemania la guerra franco-holandesa, caso de ser inevitable, como un acontecimiento ajeno á los intereses alemanes. En los círculos donde se reunían políticos católicos no faltaron personas que se alegraron de que se diera un fuerte escarmiento á los herejes holandeses, y en los círculos luteranos nadie podía entusiasmarse á favor de sus correligionarios calvinistas. Entre los muchos potentados, tanto eclesiásticos como laicos, de la Alemania occidental, pocos había que no tuviesen alguna antigua queja no zanjada contra los holandeses y esperaban que esta ocasión les haría justicia. Desde el tiempo de la gran guerra los holandeses conservaban en su poder la ciudad y fortaleza de Rheinberg con su aduana productiva, situadas en el arzobispado de Colonia. El príncipe elector Maximiliano Enrique reclamó como obispo de Lieja la fortaleza de Maestricht situada en el citado obispado, y que los holandeses se habían apropiado, según ya dijimos en otro lugar, y además habían tomado parte activa á favor de la ciudad de Colonia en su contienda con el arzobispo, habiendo facilitado hasta tropas á la ciudad. Otras cuestiones análogas territoriales tenían pendientes los holandeses con el obispo de Munster, su antiguo adversario pendero, y con el conde palatino de Neuburg; pero el soberano alemán que mas motivos de queja tenía contra ellos era el elector de Brandeburgo, porque desde el tiempo de la gran guerra tenían los holandeses ocupadas las plazas fuertes mas importantes del ducado de Cléveris, Orsoy, Wessel, Emmerich y varias otras poblaciones menores, habiéndolas arrebatado en otro tiempo

á los españoles cuando éstos trataron de establecerse en el bajo Rhin. Desde entonces se habían negado tenazmente bajo los mas diferentes pretextos á restituir estos puntos á su soberano brandeburgués, cobrando por su cuenta los derechos de tránsito muy considerables de la navegación del Rhin. Trataron los holandeses estas fortalezas como obras militares y políticas avanzadas que tenían en el bajo Rhin

alemán y en territorio alemán, estando decididos á no abandonar estos puntos sino á la fuerza. Esta espina en el cuerpo de su vecino brandeburgués era tanto mas importante para el partido dominante de los aristócratas en Holanda, cuanto que se sabía que el brandeburgués era partidario por parentesco é interés del partido orangista, y no carecían de fundamento los temores que inspiraban al gobierno holan-



El duque Carlos V de Lorena. Facsímile reducido de un grabado de A. de Blois

dés los planes secretos del Brandeburgo. Cuando en el año de 1665 emprendió el obispo de Munster, en ocasión de la guerra marítima anglo-holandesa, su invasión en el territorio holandés, como dijimos en otro lugar, y cuando el elector de Brandeburgo con su amenaza de intervención, y con su alianza defensiva con dos Estados generales, obligó al prelado belicoso á deponer las armas, se relacionaban con la intervención del Brandeburgo ciertas esperanzas secretas del elector Federico Guillermo de conseguir en esta ocasión una revolución interior en Holanda que produjera la caída del gobierno de Witt y la elevación del sobrino del elector, el joven príncipe Guillermo de Orange (1). Estos deseos no se realizaron, ni tampoco consiguió el elector que los holande-

ses evacuaran las fortalezas que tenían ocupadas en el ducado de Cléveris. Las guarniciones holandesas continuaron siendo un motivo continuo de disgusto para el elector, que en aquellos puntos no era completamente dueño de su territorio.

Existían, pues, en el imperio alemán sentimientos, ya de indiferencia, ya de enemistad respecto de la Holanda, que facilitaron á la diplomacia francesa su propósito de cortar á aquella república amenazada el auxilio alemán, y aun de encontrar entre los príncipes alemanes hasta aliados contra los holandeses.

En la corte imperial de Viena el tratado secreto de 1668 hecho con la Francia para la repartición futura de la monarquía española, no había sido obstáculo para negociar en los años siguientes la entrada del Austria en la triple alian-

(1) H. Peter: *Documentos y actas*, tomo III, pág. 146.